

Martín Lutero y la Lucha de la Reforma¹

Por Alfonso Rodríguez Hidalgo²

El asunto que nos corresponde discutir esta tarde tiene por título Martín Lutero y la Lucha de la Reforma. Tal vez convendría ordenar este estudio del modo siguiente: 1. La Época. 2. El Hombre. 3. Su Obra.

La Época. Alguien ha dicho que a los hombres, como a las estatuas, para poder apreciarlos debidamente, hay que verlos sobre su propio pedestal. Vamos, pues, a considerar en forma muy breve el escenario europeo a fines del siglo XV y principios del XVI para adquirir así la perspectiva histórica necesaria que nos permita conocer adecuadamente la importancia y significación de Martín Lutero.

Como ustedes saben, Lutero nació el 10 de noviembre de 1483. En ese tiempo Colón luchaba por conseguir los recursos económicos suficientes para efectuar la travesía del Atlántico, que habría de resultar en el descubrimiento del Nuevo Mundo. La Reforma Religiosa ocurre, pues, en la ocasión precisa en que el Cristianismo comienza a propagarse por estas tierras americanas. Este hecho algunos podrían calificarlo como una mera coincidencia histórica; invito a ustedes ahora, sin embargo, a considerarlo como un acto de providencia divina, que forma parte de los designios eternos de Dios.

Durante el período de sesenta y tres años (1483-1548), comprendido entre el nacimiento y la muerte de Martín Lutero, se producen en el mundo cambios y transformaciones muy significativos. Mientras que Colón, Magallanes y Vasco de Gama ensanchaban los horizontes geográficos del mundo, estimulando así los apetitos coloniales, Copérnico produjo la gran revolución científica del siglo, dándonos a conocer que vivíamos en un universo heliocéntrico. La economía dineraria se impone por doquier y el capitalismo empieza a tomar incremento. El individualismo se afana por arraigarse, los gremios medievales se echan a un lado para dar paso al sistema de libre contratación, iniciativa privada y libertad de trabajo. La nobleza territorial que desempeña función tan predominante durante el medioevo es superada por la burguesía, que con la fuerza motriz del dinero, tiende a hacerse cada vez más poderosa. Comienza la era de las centralizaciones nacionales y en Francia, España e Inglaterra, las tres grandes potencias de la Europa Occidental de entonces, el nacionalismo tiende a consolidarse. Mientras tanto, la decadencia del Imperio germánico se hace más evidente cada día.

Paralelamente, ocurre también la revolución humanista que precipita la caída de la filosofía y la teología escolástica. El movimiento humanista refleja cabalmente la gran inquietud espiritual de la época. Como ejemplo de lo que acabamos de afirmar, diremos que Erasmo se propuso destruir con sus escritos muchas de las supersticiones populares y algunos de los males que afligían a la Iglesia en aquellos días. Dos males, a juicio de Erasmo, debían cortarse de raíz para que la Iglesia pudiera tener paz, a saber: el odio que inspiraba la Corte de Roma por causa de

¹ Publicado originalmente en **EL PREDICADOR EVANGELICO**, Buenos Aires, Vol. IX, Octubre – Diciembre 1951, nro. 34, pp. 126 – 131.

² Rector del Seminario Evangélico, Mazas, Cuba. Es una plática transmitida por radio.

su avaricia y el yugo que la jerarquía eclesiástica ponía sobre la cerviz del pueblo para mantenerlo en perpetua servidumbre.

Además, Erasmo realiza una obra constructiva de solidez y valor extraordinarios. "Para limpiar el manantial de la fe cristiana", publica en 1516 en Basilea, el Nuevo Testamento en Griego con la traducción Latina y las Paráfrasis del Nuevo Testamento, que no son en esencia otra cosa sino las mismas sátiras contenidas en el Elogio de la Locura y en el Enquiridión, puestas en lenguaje serio y mesurado.

El hecho de que un hombre como Erasmo, delicado y enfermizo, a quien irritaba el más mínimo ruido, la más pequeña disputa o la más leve contradicción, se decidiera a combatir los males de la Iglesia de entonces es tal vez la mejor prueba de que una reforma de la Iglesia Medieval era en verdad una necesidad imperiosa en aquellos tiempos.

El Hombre. A Martín Lutero se le ha mirado casi siempre a través del prisma de la pasión. Es por eso que él tiene hoy muchos detractores para quienes es algo así como una especie de Lucifer, como un engendro diabólico cuya misión no fue otra sino la de perturbar, destruir y sembrar por doquier el mal, la desventura y el error. Por otra parte, numerosos admiradores tiene hoy Lutero que le consideran poco menos que un ángel que descendió del cielo con el propósito de establecer entre los hombres un nuevo paraíso terrenal. Lutero, bien lo saben ustedes, no fue ni ángel ni diablo. Nadie necesita, pues, persignarse temerosamente por el mero hecho de haber oído mencionar su nombre. Tampoco es necesario deshumanizarlo tributándole alabanzas excesivas. Martín Lutero fue sencillamente un hombre; pero un hombre que supo interpretar fielmente las ansias espirituales de su pueblo y su época; y que, por la gracia de Dios, se convirtió en heraldo de una nueva era en la historia de la Iglesia Cristiana.

La conciencia profética que hace de Lutero un fiel intérprete de los problemas morales y espirituales de su tiempo, y de todos los tiempos, se formó en él de manera gradual y hasta involuntariamente. No olviden ustedes que Lutero nació en un humilde hogar de montañeses en Turingia, y que mediante el estudio fervoroso y constante adquiere una cultura extraordinaria. Por convicciones espirituales profundas ingresa en el Convenio de Agustinos de Erfurt. "Yo fui un monje piadoso" —afirmará Lutero más tarde— "y observé la regla tan severamente que puedo decir que si alguna vez un monje ha llegado al cielo por su calidad de monje, yo muy bien habría llegado allá; todos mis compañeros de claustro que me han conocido pueden atestiguarlo. Si tal cosa hubiese durado más tiempo, me habría matado a fuerza de vigiliias, de oraciones, de lecturas y de otros trabajos". Pero, afortunadamente, fue entonces cuando aquel monje agustino empieza el gran peregrinaje espiritual que lo transforma en profeta del Altísimo.

La primera jornada de este peregrinaje tiene lugar cuando Lutero comprende que por medio de las prácticas piadosas a que se sometía en aquel convento, estaba tratando de hacer por sí mismo lo que ya Jesucristo había hecho por él en el Calvario. Leyendo el primer capítulo de la Epístola a los Romanos, las palabras del versículo diez y siete, "El justo vivirá por la fe", adquieren para Lutero un nuevo sentido. "Inmediatamente me sentí renacer", dice él, "me pareció haber entrado por las puertas ampliamente abiertas del mismo Paraíso. Desde entonces la Escritura tomó toda entera un aspecto nuevo ante mis ojos". Este descubrimiento, esta intuición suya de la justificación por la fe es el hecho más significativo en la vida de este hombre de Dios. Aquel monje que por muchos años había vivido atormentado bajo el peso de su pecado, adquiere ahora la seguridad de su salvación personal. Experimenta entonces, por vez primera, el gozo de sentirse perdonado por Dios, y, como gratitud a El por el don inefable de su gracia en Cristo Jesús, consagra su vida entera como ofrenda viva al Señor y a su Iglesia.

En ese peregrinaje de fe descubre Lutero que su vida se amplía y adquiere nuevos impulsos. Es que ya la pasión santa del apostolado comienza a inflamar el corazón del monje

agustino que ahora redobla sus entusiasmos y multiplica sus actividades. Desde su cátedra en la Universidad de Wittenberg y en el pulpito y por los conventos explica Lutero, con gran elocuencia y entusiasmo, el nuevo sentido de su fe y la realidad de que somos salvos únicamente por la gracia de Dios en Jesucristo.

Me parece que vale la pena que hagamos aquí una pausa para decir que todo esto ocurre en 1513, esto es, cuatro años antes de que Lutero clavara en la puerta de la Iglesia de Wittenberg sus famosas noventa y cinco Tesis contra las Indulgencias. Durante los cuatro años que median entre lo que se ha llamado la conversión de Lutero y su primer gesto de rebeldía contra la jerarquía romana, su popularidad como predicador sagrado y su reputación como profesor de Teología, llegan a ser grandes. Además, s Martín Lutero se le tiene entonces en muy alta estima como monje piadoso y culto, y se le admira por la pureza de su vida y la sinceridad de su fe.

Es bueno también que enfatizamos ahora el hecho de que no es posible entender a Lutero sino en términos de su fe genuina y profunda en el Cristo vivo y todopoderoso. De otra manera no podríamos explicarnos la razón por la cual, este humilde monje llegará más tarde a desafiar valientemente todos los poderes de su siglo, desde los Príncipes y Electores alemanes hasta el mismo Emperador Carlos V. desde los Obispos y Cardenales hasta el propio Papa de Roma, y que al mismo tiempo se enfrente con sabios, guerreros, humanistas del calibre de Erasmo y hasta con las fuerzas ciegas y las pasiones desorbitadas de todo un pueblo enardecido hasta el frenesí por demagogos irresponsables. Eso pudo hacerlo Lutero únicamente por la confianza y la seguridad y el valor que Dios imparte a sus escogidos Si no conociéramos de esa fe de Lutero, expresada de un modo claro y elocuente en su hermoso himno Castillo fuerte es nuestro Dios, caeríamos en el error de considerar como simples manifestaciones de orgullo, soberbia, altanería y obstinación todos los actos heroicos que marcarán en lo sucesivo etapas gloriosas del peregrinaje espiritual de este hombre de Dios.

Su Obra. Muchos afirman hoy con José Martí, que todo hombre libre debería colgar en sus muros, como el de un redentor, el retrato de Lutero. En efecto, aun aquellos que no estarían dispuestos a compartir jamás la posición luterana en asuntos tales como la justificación por la fe, proclaman a Lutero, sin embargo, campeón de la responsabilidad individual y de la libertad de pensamiento y de conciencia.

Ustedes saben bien que no es fácil enumerar siquiera el alcance y contenido de la obra de Martín Lutero. Su personalidad es tan robusta y presenta Lutero facetas tan múltiples y variadas como escritor, músico, poeta, lingüista, educador, teólogo y predicador sagrado que en el catálogo del Museo Británico de 1894 se dedican 208 páginas, cada una con un promedio de treinta y cinco títulos diferentes, para registrar los libros de Lutero o los que sobre Lutero y su obra se habían escrito hasta esa fecha. Si, como afirman muchos, desde 1894 hasta hoy han aparecido por lo menos, un número igual de libros que aquellos cuyos títulos se conservan en el referido catálogo, veremos que es labor casi imposible el tratar de resumir brevemente la obra de este hombre extraordinario sobre el cual ya se han escrito más de diez millares de libros. Intentaremos, pues, ahora referirnos exclusivamente a la obra básica y esencial llevada a cabo por Lutero como reformador de la Iglesia Medieval.

La primera afirmación que deseamos hacer al respecto es que esta reforma de la Iglesia no es algo que Lutero realiza premeditadamente o como siguiendo un plan elaborado con precisión técnica y objetivos definidos. La cuestión de la venta de las indulgencias es, por así decirlo, el impulso inicial de esta reforma. Ustedes saben que, en teoría al menos, las indulgencias son como sustitutos de las obras ceremoniales que se exigen como penalidad temporal por los pecados ya confesados y absueltos. Sin embargo, en la práctica, resulta que los que compraban esas indulgencias consideraban que al hacerlo lo que adquirirían no era otra cosa sino el perdón de sus

pecados. Lutero protestó contra ese sistema por juzgarlo de efectos perniciosos en la vida moral y espiritual de su pueblo. Claro está que, al combatir Lutero la venta de indulgencias, dio una estocada a fondo al corazón mismo de todo el sistema penitencial de la Iglesia, hiriendo también en el mismo lance todo el sistema eclesiástico medieval ya que —de rechazo— niega en sus tesis que el Papa o la jerarquía tengan autoridad alguna sobre el destino final del alma humana. Para Lutero, ya lo sabemos bien, la fe en Jesucristo es lo único que libra al hombre del pecado y le asegura su salvación eterna. Esta convicción suya, adquirida mediante aquella experiencia espiritual transformadora a la cual ya nos hemos referido, la mantiene dos años más tarde en su famoso debate de Leipzig con el teólogo Juan Eck. Fue entonces cuando Lutero afirma categóricamente que ni el Papa ni los concilios eclesiásticos son infalibles.

Un año después, o sea, en 1520 publica Lutero tres tratados: —Manifiesto a la Nobleza Cristiana de Alemania, Preludio del Cautiverio Babilónico de la Iglesia y La Libertad Cristiana—, en los cuales expone algunas de las implicaciones éticas y sociales de la doctrina de la justificación por la fe, tales como:

1º. La santidad de la vida común, con el postulado de que no hay diferencia esencial entre lo sagrado y lo secular. La vida es una y toda ella es sagrada. No debe haber, pues, divorcio entre la fe y la conducta del creyente, ni entre la religión y la moral. La religión no es cosa del domingo y de las horas en que uno debe estar en el templo, sino que es una actitud espiritual de carácter permanente que afecta la vida entera del individuo y ejerce su influencia bienhechora en el hogar, en la calle, en la escuela, en el taller, en la política y en todos los motivos y condiciones que forman la vida misma de la comunidad.

2º El sacerdocio universal de los creyentes, principio que rechaza el "carácter indeleble" y único del clero romano y su función mediadora, afirmando que cada cristiano puede mantener relaciones directas con Dios sin necesidad de que ninguna persona le sirva de intermediario. "Nadie" —dice Lutero "ni el Papa ni obispo alguno tiene derecho a imponer al cristiano lo que la conciencia de éste rechaza".

3º La suprema autoridad de la Biblia, que Lutero pone en manos de los fieles para que cada uno examine por sí mismo las verdades que Dios nos ha revelado en Su Palabra para nuestro bien y nuestra salvación.

4º Las buenas obras del cristiano, que son fruto y no causa de la justificación. Esta es una cuestión que ha sido muy llevada y traída entre protestantes y católicos romanos. Lutero la explica del modo siguiente: El hombre piadoso hace buenas obras, mientras que las buenas obras por sí solas jamás harán al hombre piadoso.

Como no es posible que sigamos ahora, paso a paso, todo el proceso de la reforma religiosa, vamos a referirnos solamente al espíritu con que Lutero lleva a cabo su obra de reformador. Para ello mencionaremos tres hechos que son como tres ventanas por las cuales podemos asomarnos para ver un poco dentro del alma de este hombre providencial:

a) Cuando en Worms se le comunica la orden de haber sido excomulgado, Lutero dice: "Es as: como plugo a Dios: bendito sea su santo nombre!... Solamente hago una reserva: que subsista la Palabra de Dios, que no se impida proclamarla y dar testimonio de ella".

b) En una carta al Elector de Sajonia, explica Lutero por qué deja su retiro en Wartburgo y se traslada a Wittenberg del modo siguiente: "He hecho una concesión bastante grande a Vuestra Alteza Electoral al retirarme durante un año para complaceros. El diablo sabe que no lo he hecho por miedo... Os escribo a fin de que Vuestra Alteza sepa que vengo a Wittenberg bajo una diferente protección, mucho más poderosa que la del Elector. No hay espada que pueda venir en

ayuda de esta causa. Es Dios, únicamente Dios, quien debe hacerlo todo, sin ayuda ni socorros humanos".

c) Y, seguidamente, la oración que Lutero usaba de continuo durante los últimos diez y seis años de su vida: "Señor. Dios, Tú me has puesto en tarea de dirigir y pastorear la Iglesia. Tú ves cuan inepto soy para cumplir tan grande y difícil misión, y si yo lo hubiese intentado sin contar contigo, desde luego lo habría echado todo a perder. Por eso clamo a Ti. Gustoso quisiera ofrecer mi boca y disponer mi corazón para este menester. Deseo enseñar al pueblo; pero también quiero por mi parte aprender yo mismo continuamente y manejar TU PALABRA, habiéndola meditado con diligencia. Como instrumento Tuyo, utilízame.

Amado Señor, no me abandones en modo alguno, pues donde yo estuviera solo, fácilmente lo echaría lodo a perder. Amén."

Y porque tal fue el espíritu que Inspiró a Lutero, el Protestantismo evangélico es hoy la esperanza del mundo porque, como dice Martí: "La Iglesia protestante guarda la semilla de la libertad humana".